

ya que se fuese, en ser árbol ó piedra; menos aún, grano de arena, que no se siente dolorido al ser pisado por la planta del hombre.

En aquella exasperación de su tormento, las lágrimas arrasaban los ojos de Hennebeau, y empezaban á resbalar por sus mejillas. El crepúsculo había ya envuelto en tinieblas la carretera, cuando multitud de piedras empezaron á ser lanzadas contra la fachada del hotel. Sin odio hacia aquellos seres hambrientos, rabioso solamente por la herida de su corazón, que manaba sangre, el infeliz seguía murmurando, mientras enjugaba sus lágrimas:

—¡Imbéciles! ¡Qué imbéciles!

Pero el grito de la muchedumbre hambrienta lo dominó todo con su rugido de tempestad:

—¡Pan, pan, pan!



IV.



STEBAN, á quien las bofetadas de Catalina habían sacado de su embriaguez, continuaba al frente de los amotinados. Pero al mismo tiempo que con voz enronquecida los lanzaba sobre Montson, otra voz resonaba en él, un grito de razón y de justicia, que lo asombraba pidiéndole cuentas de todos aquellos desmanes. Él no había deseado nada de aquello: ¿cómo era que, habiendo salido para *Juan-Bart* con objeto de obrar prudentemente y con frialdad, evitando todo desastre, acababa el día, después de haber caminado de violencia en violencia, asaltando la casa del director, ó sitiándola al menos?

Y él, sin embargo, era quien acababa de gritar: «¡Alto!» Es verdad que su objeto principal había sido proteger los talleres de la Compañía, que los huelguistas intentaban destruir. Y ahora que veía

á las turbas apedreando la fachada del hotel, discurría, buscaba, sin encontrarla, una víctima legítima, sobre la cual lanzar sus huestes, para evitar mayores males. Precisamente estaba pensando en su impotencia, allí en medio del camino, cuando un hombre le llamó desde la taberna de Tison, cuya mujer se había apresurado á cerrar desde que llegaron los amotinados, si bien dejando libre media puerta de calle.

—Soy yo: oye un momento.

Era Rasseneur. Veinticinco ó treinta individuos, entre mujeres y hombres, casi todos ellos del barrio de los *Doscientos Cuarenta*, que se quedarán por la mañana en sus casas y que habían ido por la tarde al pueblo con objeto de saber noticias, habían invadido la taberna al acercarse los amotinados. Zacarías ocupaba una mesa con Filomena, su mujer. Más allá Pierron y la suya, vueltos de espaldas, ocultaban la cara. Nadie bebía; no habían hecho más que buscar allí un refugio.

Cuando Esteban vió que era Rasseneur, le volvió la espalda, y no se detuvo hasta que oyó decir á éste:

—Te molesta verme, ¿no es verdad?... Bien te lo predije. Ya empiezan las dificultades. Ya podéis ahora pedir pan, que lo que os darán será plomo.

Entonces Esteban volvió sobre sus pasos, y contestó:

—Lo que me molesta, son los cobardes que se cruzan de brazos, viéndonos exponer el pellejo.

—¿Tienes idea de robar ahí enfrente?—preguntó Rasseneur.

—No tengo más idea que la de estar con mis compañeros hasta el final, dispuesto á morir con ellos.

Y Esteban se alejó desesperado, y dispuesto, en efecto, á dejarse matar. Al salir á la calle, tropezó con dos chicuelos que se disponían á tirar piedras, y después de pegarles un soberbio puntapié á cada uno, empezó á gritar á sus compañeros, diciéndoles que romper los cristales no conducía á nada.

Braulio y Lidia, que se habían reunido á Juanillo, aprendían de éste á manejar la honda, y cada cual tiraba una piedra, apostando á quién haría más daño. Lidia acababa de tener la torpeza de herir con una piedra á una de las mujeres del grupo de amotinadas, y los dos muchachos se reían de la gracia, en tanto que el viejo Mouque y su amigo *Buenamuerte*, sentados en un banco, les miraban con la mayor tranquilidad. Las piernas hinchadas de *Buenamuerte* le sostenían tan mal, que con mucho trabajo había podido arrastrarse hasta allí, sin que nadie comprendiera qué curiosidad le llevaba á presenciar aquel espectáculo, porque estaba en uno de esos días en que no era posible sacarle una palabra del cuerpo.

Ya nadie obedecía á Esteban. Las piedras, á pesar de sus órdenes, seguían lloviendo, y él se admiraba de ver á aquellos brutos, sacados con tanto trabajo de su apatía, para luego convertirse en

fieras terribles á quien nadie podía contener. Toda la antigua sangre flamenca estaba allí, esa sangre que necesita meses y meses para calentarse, pero que, una vez caliente, se entrega á los más terribles excesos, sin oír consejos, hasta que la bestia se ve harta de atrocidades. En los países meridionales, las turbas se inflaman con más facilidad, pero cometen menos excesos. Esteban tuvo que reñir con Levaque, para arrancarle el hacha, y no sabía cómo componérselas con Maheu, que tiraba piedras con las dos manos. Sobre todo, las mujeres le daban miedo; la de Levaque, la Mouquette y todas, acometidas de furor homicida, aullando como perros, con los dientes y las uñas fuera, excitadas por la *Quemada*, que las dominaba á todas, gracias á su elevada estatura, tenían el aspecto feroz.

Pero hubo un momento de tregua: una sorpresa de un minuto determinó la calma, que todos los ruegos y las órdenes de Esteban no consiguieran obtener. Era que los Gregoire se decidían á despedirse del Notario para entrar en casa del director, y parecían tan tranquilos, tan confiados, como si sólo se tratara de una broma de los mineros, cuya resignación les estaba dando de comer hacia un siglo, que los revoltosos, asombrados, conmovidos, cesaron, en efecto, de tirar piedras, por miedo de que alguna lastimase á aquellos dos viejos que se presentaban como llovidos del cielo. Los dejaron entrar en el jardín, subir la escalinata, llamar á la puerta tranquilamente, y esperar con la misma

tranquilidad, porque tardaban en abrirles. Precisamente en aquel momento Rosa, la doncella, volvía de su paseo, sonriendo con amabilidad á los obreros, á los cuales conocía perfectamente, porque era hija de Montson. Ella fué la que, á fuerza de puñetazos y golpes, obligó á Hipólito á entreabrir la puerta del hotel. Ya era tiempo, porque en aquel momento empezaban á llover piedras otra vez. La muchedumbre, vuelta de su sorpresa, gritaba con más furor:

—¡Mueran los burgueses! ¡Viva el socialismo!

Rosa continuaba sonriendo en el vestibulo del hotel, como si le divirtiese la aventura, y decía al criado, que tenía un susto mayúsculo:

—¡Si no son malos! ¡Los conozco bien!

El señor Gregoire colgó con la mayor calma su sombrero en la percha de la antesala, y después de ayudar á su mujer á quitarse el abrigo, dijo á su vez:

—Verdaderamente, en el fondo no tienen malicia. Así que se harten de gritar, se irán á comer, y lo harán con más apetito.

En aquel momento el señor Hennebeau bajaba del segundo piso. Había visto lo ocurrido, y salía á recibir á sus convidados con su habitual frialdad y cortesía. Solamente la palidez de su semblante acusaba la agitación pasada. Se había domado, y en él ya no quedaba más que el ingeniero, el administrador correcto y decidido á cumplir con su deber.

—Todavía no han venido las señoras—dijo, después de saludar.

Por primera vez, los señores Gregoire se sintieron inquietos. ¡Que no había vuelto Cecilia! ¿Y cómo entraría en la casa, si seguía la broma de los mineros?

—He pensado en hacer despejar la carretera—añadió el señor Hennebeau.—Pero, por desgracia, estoy solo, y no sé á dónde mandar al criado para que vengan cuatro soldados y un cabo que echen de ahí á esos canallas.

Rosa, que continuaba en la antesala, se atrevió á decir:

—¡Oh, señor! ¡Si no son malos!

El director movía la cabeza, en tanto que el tumulto aumentaba en la calle y las pedradas contra la fachada seguían sin cesar.

—Yo no les odio, porque hartó comprendo lo que es el mundo, y se necesita ser todo lo brutos que ellos son para creer que nosotros tenemos interés en acrecentar sus desdichas. Pero mi deber es restablecer el orden. ¡Y pensar que, según dicen, hay gendarmes en el pueblo, y que no he visto ni siquiera uno desde esta mañana!

Se interrumpió, y, dirigiéndose á la señora Gregoire, añadió con su habitual cortesía:

—Pero por Dios, señora: no estemos aquí; entrad en el salón, y que enciendan las luces.

La cocinera llegaba en aquel momento exasperada, y los detuvo en el vestíbulo algunos minutos más. La pobre iba á manifestar que no aceptaba la

responsabilidad de la comida, porque estaba esperando unas cosas de casa del pastelero de Marchiennes que le debían haber llevado á las cinco. Indudablemente el mozo de la pastelería se habría quedado en el camino, asustado del motín. Quizás le habrían robado lo que llevaba. De todos modos, ya estaba advertido el señor: prefería tirar la comida, á presentarla mal por causa de los revolucionarios.

—¡Un poco de paciencia!—dijo el señor Hennebeau.—No se ha perdido nada todavía; tal vez venga el pastelero un poco más tarde.

Y al volverse otra vez á la señora Gregoire, abriendo él mismo la puerta del salón, quedó muy sorprendido al ver sentado en el banco de la antesala á un hombre á quien no había visto hasta aquel momento. Al reconocerle, exclamó:

—¡Hola! ¿Sois vos, Maigrat? ¿Pues qué pasa?

Maigrat se había puesto en pie, y entonces se vió su semblante descolorido, pálido, lívido de espanto. Había perdido su aspecto de hombre bonachón, y dijo que se había atrevido á entrar en casa del director para reclamarle ayuda y protección, si aquellos bandidos atacaban su almacén.

—Ya veis que yo mismo estoy amenazado—contestó el señor Hennebeau,—y que no tengo medios de defensa. Mejor hubiérais hecho en quedaros en vuestra casa para guardar la tienda.

—¡Oh! Lo he cerrado todo muy bien; y, además, he dejado allí á mi mujer.

El director se impacientó, sin disimular su desprecio. ¡Vaya una defensa que podría hacer aquella infeliz!

—Pues yo no puedo hacer nada. Defendécs como podáis. Y os aconsejo que volváis en seguida á vuestra casa, porque ya veis que están pidiendo otra vez pan... Oid, oid.

En efecto: los gritos redoblaban, y Maigrat creyó oír su nombre. Entonces acabó de perder la cabeza. Era imposible volver á su casa, porque le matarían de seguro. Por otro lado, la idea de su ruina le volvía loco, y continuó con la cara pegada á la vidriera de la puerta, sudando, tembloroso, contemplando el desastre, mientras los Gregoire se decidían á entrar en el salón.

El señor Hennebeau afectaba hacer tranquilamente los honores de su casa. Pero en vano rogaba á sus convidados que se sentasen; la sala, cerrada, iluminada por dos quinqués, aun cuando no había anochecido, se llenaba de espanto á cada nueva acometida de los revoltosos. Allí dentro los bramidos de las turbas parecían más amenazadores por su misma vaguedad. Todos hablaban de aquella inconcebible revolución. El director se admiraba de no haber previsto nada; y tan mal montada tenía su policía, que se indignaba, sobre todo contra Rasseneur, cuya detestable influencia reconocía. Es verdad que pronto llegarían los gendarmes; porque era imposible que le abandonaran así. Cuanto á los señores Gregoire, no pensaban más que en

su hija: ¡la pobre, que se asustaba tan pronto! Quizás al ver el peligro se habría vuelto á Marchiennes. Estuvieron esperando un cuarto de hora todavía, en medio del estruendo de las voces y de las pedradas. Aquella situación no era ya tolerable; el señor Hennebeau hablaba de salir á la calle, arrollar él solo á los grupos, y salir al encuentro del carruaje, cuando Hipólito se precipitó en el salón, gritando:

—¡Señor, señor, que matan á la señora!

Como Negrel había temido, el carruaje no pudo salir de *Requillart*, á causa de las amenazas de los amotinados. Al ver esto, se decidieron á andar á pie los cien metros que los separaban del hotel, para entrar por la puertecilla del jardín; el jardinero los oiría y les abriría de seguro. Al principio, estos planes salieron á pedir de boca; ya estaban la señora Hennebeau y las tres muchachas junto á la puerta, cuando una porción de mujeres se abalanzaron á ellas. Entonces todo se echó á perder. Nadie abrió la puerta; en vano Negrel había querido derramarla, y temiendo lo que iba á pasar, tomó el partido de coger á su tía y á sus amigas, y llegar á la entrada principal del hotel, atravesando por entre los grupos. Pero aquella maniobra produjo una conmoción terrible en la muchedumbre: unos les impedían el paso, mientras otros, gritando desahoradamente, los perseguían, y otros ignoraban á qué atribuir la presencia de aquellos señores tan peripuestos, paseándose por entre los agitados gru-

pos. En aquel instante, la confusión fué tal, que se produjo uno de esos hechos que, después de pasados, no pueden explicarse. Lucía y Juana, que habían conseguido llegar á la entrada, penetraron en el hotel, con la protección de las criadas, que entreabrieron la puerta para dejarles paso; la señora Hennebeau había conseguido llegar detrás de ellas; por fin entró Negrel, y corrió los cerrojos, creyendo que todas estaban á salvo. Pero Cecilia no había entrado; había desaparecido, poseída de tal miedo, que, en vez de seguir á los demás, cayó al huir en medio de los amenazadores grupos.

En seguida se oyó gritar:

—¡Viva el socialismo! ¡Mueran los burgueses! ¡Mueran!

Algunos desde lejos creían que era la señora de Hennebeau. Otros suponían que era una amiga de la mujer del director, á quien detestaban los obreros. Pero, de todos modos, importaba poco quién fuera; lo que producía exasperación era su vestido de seda, su abrigo de pieles y su sombrero adornado con plumas. Olía bien, llevaba reloj, y tenía un cutis finísimo, que jamás había tocado el carbón.

—¡Espera—gritó la *Quemada*;—que te vamos á desnudar!

—A nosotros nos roban eso los muy puercos—añadió la mujer de Levaque.—¡Se abrigan con pieles, mientras los demás nos morimos de frío!... ¡Andad, andad; ponedla en cueros, para que aprenda á vivir!

Entonces la *Mouquette* fué la más exaltada:

—¡Sí, sí; y azotémosla luego!

Aquellas mujeres, en su salvaje rivalidad, se ahogaban, y alargaban el paso para llegar pronto, porque cada una de ellas deseaba llevarse algo de aquella señorita. De seguro que no estaba formada de distinto modo que las demás. Por el contrario: algunas que se cubrían con todos aquellos ringorringos eran feísimas por dentro. La injusticia había durado mucho tiempo, y era necesario obligarlas á todas á que se vistiesen como los obreros, y no permitirles que gastaran un dineral en que les planchasen unas enaguas.

La pobre Cecilia, en medio de aquellas fieras, tiritaba de miedo, sin poderse mover, y tartamudeando sin cesar la misma frase:

—¡Señoras, por Dios; señoras, no me hagáis daño!

Pero de pronto dió un grito terrible. Dos manos frías acababan de cogerla por el cuello. Eran las del viejo *Buenamuerte*, al lado del cual la habían llevado los empujones de las turbas. Parecía borracho de hambre, idiotizado por la miseria, recién salido, de una manera brusea, de aquella resignación suya, que duraba medio siglo, sin que se comprendiese á qué acceso de venganza obedecía. Después de haber expuesto varias veces su vida para salvar la de algunos compañeros sin temor al grisú y á los hundimientos, cedía á influencias misteriosas, que no se explicaban; á una necesidad